

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE
RECTORIA**

**PRESENTACIÓN DEL RECTOR, DR. PEDRO PABLO ROSSO R.,
CON MOTIVO DE LA JORNADA DE PLANIFICACION ESTRATEGICA**

**Marbella
29 al 31 de Agosto 2001**

Ad fontes!

Volver a las fuentes...Ese es el anhelo que subyace en nuestro nuevo proyecto educacional. Recrear el espacio comunitario de maestros y estudiantes..."unidos por el recíproco amor a la verdad, de aquella verdad que es el fundamento mismo del desarrollo del hombre con respecto a su propia humanidad y que constituye, también, el fundamento del desarrollo de la sociedad en cuanto a su identidad más profunda" (JP II, Cracovia, 22/VI/ 1983).

Una propuesta de educación superior más cercana a lo que nos ha pedido el Magisterio y, con especial insistencia, el Santo Padre Juan Pablo II. La universidad concebida como una gran familia que no sólo educa a los jóvenes en una profesión sino en una escuela de vida.

Proponerse esos objetivos representa un cambio considerable de enfoque con respecto a lo que es habitual en la educación universitaria contemporánea. Sin embargo, en esta etapa de la historia, para una institución católica de educación superior escoger esa alternativa no es materia de conveniencia o de oportunidad sino un imperativo ético de fidelidad a su misión.

En concreto, ¿qué nos solicita la Iglesia? En primer término es necesario aclarar que "la Iglesia no tiene un proyecto definido de universidad o de sociedad, pero tiene en cambio un proyecto de humanidad" (JP II, Roma, 5/4/1979). Un "proyecto de humanidad" sustentado en la Revelación que es lo que lleva a la Iglesia a participar activamente en la cultura, proponiendo a Cristo como la respuesta a las interrogantes del hombre, a sus problemas y a sus angustias.

Todos los discursos de Juan Pablo II a las numerosas comunidades universitarias que ha visitado, tienen un núcleo conceptual común: la universidad debe promover y plasmar una cultura que esté al servicio del hombre. En este sentido, el Santo Padre percibe una identidad de intereses entre la Iglesia y el mundo universitario: "La universidad, que por vocación es una institución desinteresada y libre, aparece como una de las pocas instituciones que en la sociedad contemporánea, junto con la Iglesia, es capaz de defender al hombre por lo que es; sin engaños, sin otra razón que la especial dignidad que posee y que lo hace merecedor de ser estimado por sí mismo" (JP II, Guatemala, 7/3/1983). Pero el mismo Papa agrega que: " existe otra razón, más profunda y universal, y es la pasión, que comparten la Universidad y la Iglesia, por la verdad y por el hombre; más precisamente: por la verdad del hombre" (JP II, Bolonia, 18/4/1982).

La afirmación anterior indica que la búsqueda libre y desinteresada de la verdad es el único camino que puede conducirnos a comprender a la humanidad y, por lo tanto, el sentido de nuestras vidas, nuestro destino y nuestra vocación al amor. Pero, a su vez, es una búsqueda que no se agota en sí misma. La Iglesia quiere que ella se integre al proceso educativo en una medida que haga posible el nacimiento de un nuevo humanismo y de una nueva cultura. Por lo mismo propone a las universidades, como una tarea noble y urgente, la de convertirse en artífices de la civilización del amor, “la única capaz de evitar que el hombre sea el enemigo del hombre” (JP II, Guatemala, 7/3/1983).

Desde la perspectiva del magisterio de Juan Pablo II, la idea de universidad involucra la interacción dinámica de tres ámbitos: el gnoseológico, el epistemológico y el antropológico. El primero se refiere a la forma en que enfrentamos la búsqueda de la verdad, definida como la “misión fundamental” de la institución universitaria para ponerla al servicio del hombre (*EcE* n.30). Es decir, al servicio de su auténtica libertad y de su crecimiento personal.

El ámbito epistemológico plantea el desafío de superar, por una parte, la dicotomía entre visiones del mundo que surgen de la fe y las que surgen de la filosofía y de las ciencias y, por otra, la creciente incomunicación entre las disciplinas. Es decir, se nos propone la tarea de encontrar las bases sobre las cuales podamos reconstruir la unidad del saber.

En el plano antropológico, se nos pide transformar la tarea universitaria en una *paideia* orientada a educar personas libres, responsables y solidarias.

Estos son los caminos que la Iglesia nos exhorta a recorrer y que hemos transformado en los altos objetivos que orientan a nuestro proyecto de Universidad para el naciente siglo. Hoy vamos a iniciar una discusión sobre los contenidos y estructura de un cambio curricular de gran trascendencia para nuestra Universidad y para la educación superior chilena. La propuesta, que asume un contexto de búsqueda sincera de la verdad, está enfocada en los planos epistemológicos y antropológicos antes mencionados.

Como elemento central, el proyecto de cambio curricular aspira a superar las consecuencias negativas, en cuanto a desarrollo personal, de una educación universitaria basada en la enseñanza de áreas monodisciplinarias o pertenecientes, en forma exclusiva, al ámbito de la “cultura científica” o de la “cultura humanística”. Está bien demostrado que esa propuesta educativa no contribuye al

desarrollo armónico de las personas, conduciéndolas a visiones parciales y aún reduccionistas de la realidad.

Sobre este punto, nuevamente encontramos enseñanzas de Juan Pablo II y, específicamente, su anhelo que la Universidad favorezca la convergencia entre la “universitas” y la “humanitas”. Con mucha convicción el Santo Padre nos dice: “Ciertamente, el desarrollo científico y los prodigiosos alcances de la ciencia moderna hacen impensable una síntesis elemental del conocimiento. No existen versiones modernas de las antiguas “Summa, Compendium o Tractatus”. Sin embargo, muchas de las mejores mentes del mundo universitario insisten hoy en la necesidad de redefinir para nuestro tiempo el concepto original de “Universitas” y “Humanitas”, y continuar buscando, de manera nueva, la necesaria integración del saber. Se trata de evitar los males de una profesionalización demasiado pragmática y de la hiper-especialización aislada de los programas universitarios”. En seguida, enfatizando la importancia y urgencia de esa tarea, el Papa afirma que de ella depende: ...”el futuro de una cultura auténticamente humana, abierta a los valores éticos y espirituales” (J P II, Uppsala, 9/6/1989).

Educar desde una “vocación por la verdad” y con esa perspectiva “universal” del saber no significa esforzarse por entregar a los estudiantes conocimientos enciclopédicos o metafísicos de los cuales pudieran derivar visiones unitarias. Por el contrario, tal como propone el nuevo proyecto, se trata de “abrir ventanas” desde las cuales los estudiantes pueden observar los contenidos de las diversas disciplinas para dejar que ese saber los asombre e interpele. Esas ventanas deben abarcar todo el arco del saber, es decir el mundo de las artes, de las ciencias naturales y sociales, de las humanidades y de la teología.

Traducido a su aplicación práctica el concepto anterior implica que en nuestro plan de formación general las disciplinas se enseñan en el contexto de otras disciplinas, lo que induce, inevitablemente, a confrontar sus diferentes conceptos, nomenclaturas y métodos. Es el inicio del camino para llegar a ser una persona “culto”, capaz de servir de puente entre dos campos del saber y, por lo tanto, de promover diálogos entre las disciplinas.

Esto último es otro de los grandes objetivos del nuevo proyecto educativo: promover el diálogo interdisciplinario. Una Universidad que concibe su misión fundamental como una búsqueda apasionada de la verdad debe ser dialogante.

Este aspecto dialógico, tan propio de las universidades nacientes, es muy necesario también como elemento vinculante entre personas y, por lo tanto, básico para la vida de una comunidad universitaria auténtica.

La afirmación anterior nos sitúa en el plano antropológico del nuevo proyecto. Una institución de educación superior carente de esa dimensión humana comunitaria, que no se concibe a sí misma como una comunidad de personas, no puede pretender ser la constructora de una sociedad centrada en las personas y respetuosa de su dignidad.

Por lo tanto, para el proyecto educativo que deseamos construir, el término “comunidad universitaria” no debe entenderse en el sentido de un grupo de personas vinculadas por una tarea, sino un cuerpo animado por ideales comunes, donde cada uno se siente acogido, amado y respetado. A este respecto, nos dice Juan Pablo II: “Creo necesario reafirmar con mucha fuerza la dimensión comunitaria de la Universidad en lo que concierne a la relación entre profesores y estudiantes. Aunque ella se vea dificultada por el gran número de estudiantes en relación al número de docentes...el encuentro humano es imprescindible para la formación de las personalidades y, en consecuencia, para que la universidad continúe desarrollando su función educativa” (Bolonia, 18/IV/1982).

Sólo sobre la base de una relación estrecha entre maestros y estudiantes la tarea educativa puede ser merecedora de ese nombre. De lo contrario no es más que un proceso instructivo. Pero, en un proyecto universitario católico la existencia de un espíritu comunitario debe surgir del amor fraterno. Este es el único elemento que puede otorgar coherencia al intento de transmitir un cuerpo de conocimientos crítico, capaz de reconocer la búsqueda de la verdad como un valor y la fe como un camino de vida.

En consecuencia, esta dimensión relacional, basada en la existencia de una comunidad universitaria centrada en las personas, es uno de los elementos claves del nuevo plan de formación general y, en último término, de nuestra posibilidad de aportar positivamente a la construcción de una cultura con las características que anhela la Iglesia.

Al respecto, son iluminadores algunos de los conceptos contenidos en la Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*: “hace falta promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano” (n.44).

Es evidente, entonces, la necesidad del cambio, la urgencia de establecer en nuestra Universidad una forma distinta de educar y de relacionarse, buscando como inspiración nuestras fuentes históricas. Por eso la invitación contenida en el título de esta presentación: *ad fontes!* A buscar en nuestras tradiciones universitarias y en nuestros principios fundacionales las herramientas para enfrentar con éxito los nuevos tiempos.

Pedro Pablo Rosso R.

Agosto, 2001.